

LA REMILITARIZACIÓN DE JAPÓN

¿Quién ha sido el seguidor más fiel de Bush en el escenario mundial, Koizumi o Blair? Ambos tienen sólidos argumentos para aspirar al título. El entusiasmo de Blair por las guerras de Bush está suficientemente documentado: puede vanagloriarse no sólo de los 13.000 soldados británicos que en la actualidad combaten en Iraq, sino también de la destitución de dos jefes de la BBC por haber arrojado dudas acerca de los informes gubernamentales sobre las armas de destrucción masiva de Saddam, así como del ascenso del autor del documento, John Scarlett, a la dirección del MI6, lo que, a lo sumo, cosechó las apagadas quejas del Partido Laborista o de la prensa liberal. De la contribución de Koizumi se ha sabido menos en el extranjero, pero en ciertos aspectos es más interesante. A diferencia de Blair, en los últimos tres años ha llevado a cabo una transformación fundamental de la política de seguridad de su país, paralela a un importante cambio de la opinión pública doméstica.

A pesar de la simetría geográfica de los dos archipiélagos, situados en los bordes del continente euroasiático, desde el punto de vista geopolítico ocupan posiciones muy distintas. Sólo uno de ellos fue un Estado situado en la línea del frente de la Guerra Fría. Colindante con el continente rojo, la situación de Japón era más parecida a la de Alemania en el Oeste dado que se encontraba cara a cara con la superpotencia soviética, con la República Popular China y con la República Democrática Popular de Corea, y miles de kilómetros de océano a sus espaldas. Los conquistadores estadounidenses de 1945 equiparon a la Constitución que redactaron a toda velocidad para Japón con una renuncia permanente del derecho a la guerra del Estado-nación japonés, o al mantenimiento de cualquier tipo de fuerza militar nacional. El artículo 9, sobradamente conocido, declara, con la seca prosa de sus redactores uniformados:

Aspirando sinceramente a una paz internacional basada en la justicia y en el orden, el pueblo japonés renuncia para siempre a la guerra como derecho soberano de la nación, así como a la amenaza del uso de la fuerza como medio de resolución de las disputas internacionales.

Para realizar el propósito del párrafo precedente, las fuerzas de tierra, mar y aire, así como el resto del potencial de guerra, nunca serán conservadas. El derecho de beligerancia del Estado no será reconocido.

En su lugar, se instalaron «fuerzas de tierra, mar y aire» estadounidenses por todo Japón, como base avanzada de Washington en Asia. Sin embargo, con la pérdida de China, Estados Unidos comenzó a pensarse mucho el artículo 9. Washington empezó a hacer presión para que el artículo 9 fuera eliminado, con el fin de que las tropas japonesas pudieran desplegarse por las causas del «mundo libre», prácticamente antes de que se hubiera secado la tinta del texto constitucional¹. Sin embargo, para amplias capas de la población japonesa el artículo 9 vino a representar el firme rechazo del programa militarista-imperialista que condujo al país a aquella ruina, un «¡nunca más!» constitucional. Aunque el Partido Liberal-Democrático en el poder estuvo empeñado, desde su fundación en la década de los cincuenta, en conseguir el objetivo estadounidense de supresión de la fastidiosa cláusula, fue incapaz de reunir ningún apoyo político o popular sustancial para aquella enmienda. En lugar de ello, la instauración de la Fuerza de Autodefensa de Japón en 1954 tuvo que justificarse sirviéndose de motivaciones rebuscadas y extra-constitucionales: el artículo 9 no podría en modo alguno aspirar a eliminar el derecho intrínseco del país a la autodefensa. Así, pues, la FAJ era legítima con independencia de lo que dijera la Constitución, en tanto que fuerza mínima necesaria «para proteger la paz y la independencia de Japón contra las amenazas directas o indirectas»². De esta suerte, la FAJ existe sin garantía constitucional, partiendo de un principio superior, algo semejante a una ley natural. Poco a poco, la ciudadanía japonesa llegó a aceptar la compatibilidad de la FAJ con la Constitución, aunque la posición en el «campo de la paz» del artículo 9 conservó su aplastante legitimidad popular, hasta el punto de que resultaba impensable –como tuvo que reconocer incluso el más reaccionario de los primeros ministros– que la FAJ llegara a funcionar fuera de Japón³. De ahí que, dentro de la lógica de la Guerra Fría, la única defensa nacional de Japón en un entorno hostil fuera el escudo militar estadounidense.

La nueva estrategia de Washington

Entrada la década de los noventa, todo este paisaje se había transformado. La Unión Soviética había desaparecido del mapa, y la Rusia que ocupó su lugar no era una potencia del Pacífico. Por encima de todo, la República Popular de China surgió como una próspera economía capitalista que estaba forjando rápidamente vínculos comerciales y diplomáticos en toda la región. Sólo en el caso de la República Democrática Popular de Corea se podía seguir hablando de una amenaza convencional de la Guerra Fría. Japón también había cambiado. Hacia mediados de la década de los ochenta, su economía –aunque no, por supuesto, su peso diplomático o militar– parecía resuelta a sobrepa-

¹ Véase, para más detalles, Glen HOOK y Gavan McCORMACK, *Japan's Contested Constitution*, Londres, 2001.

² Artículo 3 de la Ley de Autodefensa, 1954.

³ Kishi Nobusuke, primer ministro entre 1957-1960, en una intervención en la cámara baja de la Dieta nacional el 30 de septiembre de 1958. Cfr. Hayano Tōru, «Kishi shushō mo idai na hatoha datta!», *Asabi shimbun* (14 de enero de 2004).

sar a la de Estados Unidos. Al principio Washington se movió con lentitud a la hora de formular una nueva política para Extremo Oriente; el pensamiento inicial dejaba entender una inclinación hacia China, para «equilibrar» a un Tokyo que en 1990 se había mostrado públicamente (aunque por poco tiempo) renuente en su apoyo a la primera Guerra del Golfo. Los estadounidenses tuvieron que convencer a la fuerza a los japoneses para que al final desembolsaran su contribución de 15.000 millones de dólares.

Sin embargo, entre mediados y finales de la década de los noventa, comenzó a cobrar forma una nueva estrategia estadounidense que apuntaba claramente a la contención definitiva de China. Como explicaba Zalmay Khalilzad en 2001, su objetivo central consistía en

la necesidad de excluir el ascenso de una potencia hegemónica regional o continental. Esto es importante por dos razones fundamentales: para impedir que a Estados Unidos se le niegue el acceso económico, político y militar a una parte importante del globo; y para impedir una concentración de recursos que pudiera respaldar un desafío global a Estados Unidos como el que llegó a representar la antigua Unión Soviética⁴.

Uno de los objetivos clave consistiría en impedir la formación de cualquier tipo de alianza estrecha de seguridad chino-japonesa, dado que «la formación de esa relación supondría un golpe fatal para la influencia política y militar de Estados Unidos en Asia». Además de ejercer presión para conseguir una expansión de la agenda de liberalización comercial de la OMC, Estados Unidos debe «gestionar la transformación de Asia» activamente, sirviéndose de una combinación de medios políticos, diplomáticos y militares: tanto de las «maniobras de equilibrio *off-shore*», consistentes en hacer que las grandes potencias regionales (China, India, Rusia) se enfrenten entre sí para impedir que alguna de ellas cobre una posición dominante, como de una estrategia de contención mediante una «mini-OTAN» consistente en una alianza de seguridad con Estados Unidos, que incluye a Australia, Japón y (en el mejor de los casos) Corea como sus miembros fundamentales, además de peces de menor tamaño como Singapur, Tailandia y las Filipinas⁵.

Las implicaciones para Japón dentro de esta visión estratégica son trascendentales. El artículo 9 de la Constitución debería ser suprimido, mientras que la FAJ habría de ampliarse para apoyar las operaciones bajo el mando estadounidense en tanto que socio de pleno derecho de la «mini-OTAN» (la «Gran

⁴ Zalmay KHALILZAD *et al.*, *The US and Asia: Towards a New US Strategy and Force Posture*, Rand Corporation, 2001, p. 43.

⁵ *Ibid.*, caps. 2 y 3. Se da por sentado, como perspectiva a medio plazo, la unificación de la península Coreana. Es más conveniente reducir por anticipado las dimensiones de la presencia militar estadounidense en la zona, y por encima de todo hacerla menos provocativamente «visible», sostiene Khalilzad, para llegar a ser capaces de mantener este vital asidero de seguridad para el eje Estados Unidos-Japón-Corea. Las tropas estadounidenses en la península podrían al mismo tiempo «tranquilizar a Corea e influir en Japón para que éste mantenga una actitud pacífica», pp. 48-49.

Bretaña de Extremo Oriente», tal y como lo ha formulado un estrategia estadounidense)⁶. También debería ejercerse presión sobre Japón para acelerar su participación en el programa de Escudo Antimisiles estadounidense.

Aunque, en lo que atañe al dispositivo físico, se trata de detectar y destruir por anticipado los misiles del enemigo, el concepto de Defensa contra Misiles Balísticos ha cambiado radicalmente desde los días de la Iniciativa de Defensa Estratégica de Reagan, el proyecto, impracticablemente ambicioso, de la «Guerra de las Galaxias». Hoy los estrategas de la seguridad nacional estadounidense admiten francamente que la prevención de potenciales ataques con misiles no es más que un rasgo secundario de los programas de DMB desarrollados desde la presidencia de Clinton en adelante. Resulta mucho más importante la integración entre los coordinados que exigen tales sistemas, sobre todo en lo que respecta al mando, al control y a las comunicaciones. La instalación de la DMB en Japón implicaría una vasta modernización de la infraestructura de la FAJ, al objeto de hacerla más capaz de «interoperar» con los sistemas de mando estadounidenses⁷.

Tokyo rechazó durante la década de los ochenta las solicitudes para que Japón se implicara en la DMB, temiendo en un principio una espiral armamentística, y sospechando luego de las intenciones estadounidenses sobre la tecnología japonesa. Sin embargo, en 1994 la Agencia Japonesa de Defensa dio comienzo a un proyecto de investigación intensiva, que se vio espoleado al año siguiente a raíz del despliegue de misiles de corto alcance por parte de China con motivo de la crisis del Estrecho de Taiwán. El informe de la AJD, publicado en 1998, llegaba a la conclusión de que la DMB era «técnicamente factible con un coste ligeramente razonable». El apoyo ciudadano al proyecto creció bruscamente después del lanzamiento de un misil norcoreano Taepodong sobre el norte de Japón en el verano de 1998, aparentemente un intento fallido de lanzamiento de un satélite⁸. La Dieta instó unánimemente al gobierno para que «se encargara con todos sus medios de garantizar la seguridad de la población», mientras que la financiación de la investigación en DMB en colaboración con Estados Unidos fue aprobada al año siguiente.

El país de origen del misil Taepodong tiene importancia. La República Democrática Popular de Corea ejerce una poderosa influencia en la imaginación japonesa, que ha cobrado mayor relieve desde el final de la Gue-

⁶ En la recomendación 3 del informe de Khalilzad puede leerse: «Apoyar los esfuerzos de Japón para revisar su constitución, para expandir su horizonte más allá de la defensa territorial, y para adquirir las capacidades que le permitan apoyar las operaciones de la coalición». La expresión «la Gran Bretaña de Extremo Oriente» pertenece a Richard ARMITAGE, *The United States and Japan: Advancing Toward a Mature Partnership*, Institute for National Strategic Studies, National Defence University, Washington, 2000.

⁷ Michael SWAINE, Rachel SWANGER y Takashi KAWAKAMI, *Japan and Ballistic Missile Defence*, Rand Corporation, 2001.

⁸ Al menos un comentarista hizo referencia al trayecto fortuito del proyectil norcoreano, que pasó a gran distancia del litoral japonés para sumergirse inofensivamente en el mar. Cfr. *Yomiuri Shimbun* (2 de septiembre de 1998); véase Swaine *et al.*, *Japan and BMD*, p. 43.

rra Fría. Acerca del país se ha publicado la asombrosa cifra de 600 libros durante la pasada década, la inmensa mayoría de ellos de carácter hostil. Un tebeo que retrata a Kim Jong Il como violento, sediento de sangre y depravado fue publicado en agosto de 2003, vendiendo medio millón de copias en los primeros meses, probablemente más que todos los demás libros en todas las lenguas que se han escrito acerca de Corea del Norte. Esta peculiar oleada de miedo y odio hacia Corea del Norte por parte japonesa ha jugado un papel de primer orden en la transformación de la política de seguridad de Japón.

La bota en el campo de batalla

Las iniciativas de la era Clinton también contribuyeron a su manera a transformar la FAJ. La Ley para la Organización del Mantenimiento de la Paz, adoptada en 1992, permitió el envío de tropas de la FAJ para participar en misiones de pacificación en zonas de conflicto reciente, como Camboya, Mozambique, los Altos del Golán y Timor Oriental. Aunque limitadas a la construcción de carreteras o a la edificación y gestión de hospitales y campos de refugiados, estas misiones trajeron consigo, sin embargo, una ampliación y una atenuación de la interpretación oficial del artículo 9: una fuerza, cuya única justificación era la defensa de Japón frente a amenazas directas o indirectas se vio comprometida, por más inocua que resultara su actuación, en distintos escenarios globales. En 1997, la Revisión de las Directrices de Defensa Japonesa-Estadounidense volvieron a ampliar el campo de actuación de la FAJ, bosquejando formas de cooperación bilateral «en áreas alrededor de Japón» que incluían reparaciones y aprovisionamiento de los navíos y los aviones estadounidenses, el suministro de equipos de comunicación, el transporte y evacuación de civiles, la vigilancia, y los servicios de inteligencia y dragaminas. Tal y como observaba la *US Security Strategy for the East Asia-Pacific Region*: «El concepto de “situaciones en áreas alrededor de Japón” incorporado en las Directrices revisadas no es geográfico sino situacional», por lo que debe ser definido caso por caso⁹.

No obstante, en éste como en los demás casos, la lista de deseos de la seguridad estadounidense ha sufrido una enorme aceleración desde el 11-S, hasta el punto de que difícilmente Bush habría podido soñar con encontrar a un homólogo más cooperativo a la hora de imponer a la fuerza tales medidas que Koizumi Junichirō. Desde su primera conferencia de prensa como primer ministro en abril de 2001 Koizumi se declaró favorable a la revisión de la Constitución al objeto de facilitar el apoyo militar japonés a Estados Unidos y de esclarecer la posición de la FAJ. Las imágenes de su primer encuentro con el presidente Bush, dos meses más tarde, permiten contemplar a un Koizumi que sonríe encantado desde el asiento del cochecillo de golf presidencial. Los medios de comunicación japoneses informaron encan-

⁹ Véase US DEPARTMENT OF DEFENCE, *The United States Security Strategy for the East Asia-Pacific Region*, Washington DC, 1998, p. 21.

tados del hecho de que desde los días de «Ron-Yasu» (Reagan y Nakasone) no asistíamos a una relación tan estrecha entre los líderes de ambos países.

En octubre de 2001, tras el consejo terminante del vicesecretario de Estado Richard Armitage, que conminaba al país a que sacara la cabeza de la arena e hiciera lo posible para que la bandera del Sol Naciente fuera visible en la guerra de Afganistan, Japón adoptó una ley de Medidas Especiales contra el Terrorismo y envió una flotilla de 24 buques de guerra, entre los que se contaba un destructor Aegis, al Océano Índico; a su debido tiempo, ésta proporcionó la mitad del combustible consumido por las fuerzas de la Coalición estadounidense en la operación *Enduring Freedom* [«Libertad Duradera»]. En marzo de 2003, Koizumi prometió apoyo «incondicional» en la próxima guerra de Iraq, ignorando una vez más la ausencia de mandato de Naciones Unidas. Desde primeros de abril de 2003, cuando los combates más duros apenas habían cesado, tuvo que hacer frente a una creciente presión para que cumpliera su promesa de enviar las «botas [japonesas] al campo de batalla» de Iraq. Se cree que fue el vicesecretario de Defensa Paul Wolfowitz el autor de la frase de las «botas», pero la sustancia del mensaje fue transmitida a Tokyo por múltiples canales. Armitage, un visitante habitual de Tokyo, prefirió una imagen deportiva: «Ya es hora de que Japón deje de pagar para ver el partido de béisbol y baje a jugar a la cancha»¹⁰.

En mayo de 2003, durante una visita al rancho presidencial en Crawford, Texas, Koizumi dio a Bush su promesa *ishin denshin* («de corazón») de que enviaría tropas japonesas a Iraq, comprometiéndose, además, a acelerar la revisión de la posición japonesa sobre la DMB. En correspondencia, Bush manifestó su apoyo «incondicional» a la posición de Japón sobre las familias de los secuestrados norcoreanos. Esto fue crucial para conseguir el apoyo de la opinión pública japonesa al envío de tropas a Iraq: las fuerzas estadounidenses en Japón eran esenciales para defender al país del totalitarismo norcoreano y, en correspondencia, Japón difícilmente podría negarse a atender las solicitudes de ayuda estadounidenses¹¹. Sin embargo, de vuelta a Japón Koizumi todavía tuvo que enfrentarse a una formidable oposición interna. La presión estadounidense se renovó. Un portavoz anónimo del Departamento de Defensa espetó abruptamente a su homólogo japonés: «Por qué no se esfuerzan más?», mientras que Armitage advertía a Arima Tatsuo, el embajador especial de Japón para Oriente Próximo: «No intenten largarse»¹².

Más allá del constitucionalismo

Enviando unidades militares a Iraq, Japón estaba comprometiéndose por primera vez en sesenta años, aunque con un papel subordinado y sin entrar

¹⁰ «Head in sand», *Asabi shimbun* (5 de octubre de 2001); «Boots», *Asabi shimbun* (9 de octubre de 2001); «Baseball diamond», *Yomiuri shimbun* (11 de junio de 2003).

¹¹ *Asabi shimbun* (19 de marzo de 2004).

¹² *Kyodo* (15 de septiembre de 2003); *Asabi shimbun* (9 de octubre de 2003).

en combate, en una guerra ilegal y agresiva. Koizumi estaba metiendo a su país en aguas constitucionales inexploradas. En cierto modo, su respuesta era un intento de restar importancia a la cuestión. Las dificultades constitucionales eran otras tantas «sutilezas teológicas». El «sentido común» era lo verdaderamente importante, algo que, como primer ministro, era el único que estaba capacitado para ofrecer: «Para el sentido común popular, la FAJ es sin duda una “fuerza militar” [...] si hablamos de principios en vez de pretensiones [...]; el hecho es que la constitución misma está desfasada con respecto al sentido común internacional». Tal y como lo expresara en otra ocasión: «La FAJ es un ejército. No describirla como una fuerza militar desafía al sentido común [...]. Debería llamársela *Nihom kokugun* [“Ejército japonés”]»¹³. La despectiva demagogia populista con la que el primer ministro de la segunda potencia económica del mundo se despachó medio siglo de debate constitucional, haciendo caso omiso del principio básico del imperio de la ley, apenas suscitó un murmullo en Washington, Canberra o Londres. Por el contrario, la despreocupada manipulación de la Ley Fundamental de su país cumpliendo los designios de Washington fue considerada como una muestra admirable de virilidad.

Bajo la presión de la crisis interna, se sirvió de una expresión sacada del preámbulo de la Constitución acerca del deseo de «ocupar un lugar de honor en una sociedad internacional que se esfuerza por la conservación de la paz», sugiriendo que este vago sentimiento tendría prioridad sobre las cláusulas concretas en el cuerpo del texto. Se trataba de una interpretación sin respaldo legal, que dejó pasmados a los especialistas constitucionales. Koizumi adujo que la intervención de la FAJ en Iraq se limitaría a los trabajos humanitarios y de reconstrucción fuera de las zonas de combate, en torno a Samawah (a mitad de camino entre Najaf y Nasiriya, a unos 240 km al sur de Bagdad). En un esfuerzo para imponerse a una Dieta reacia, se envió a Iraq una comisión de investigación especial, que, como era de esperar, informó de que los problemas de seguridad en Samawah eran mínimos y, por lo tanto, que la FAJ encontraría un entorno seguro. Sin embargo, más tarde se supo que el informe de la comisión había sido redactado por burócratas de Tokyo antes incluso de que el grupo marchara hacia Iraq a mediados de septiembre, y que había sido corregido antes de ser entregado a la Dieta al objeto de eliminar todos los detalles negativos¹⁴.

La decisión gubernamental de enviar unidades aéreas, marinas y terrestres de la FAJ a Iraq fue finalmente ratificada en la Cámara de Representantes a

¹³ «Sutilezas teológicas», Maeda TETSUO, «Tōhoku Ajia no anzen hoshō to kempō 9-jō», *Sekai* (octubre de 2003), p. 46; «sentido común internacional», Amaki NAOTO, «Jieitai hiti wa higen-jitsuteki gomakashi wa genkai da», *Ronza* (febrero de 2004), p. 31, citando las declaraciones de Koizumi del 23 de octubre de 2001; «ejército nacional», *Asabi shimbun* (22 de febrero de 2004). Cuando, en abril de 2004, el tribunal de distrito de Fukuoka consideró inconstitucional la visita a Yasukuni Shrine por parte de Koizumi, éste le restó toda importancia, calificando el fallo de «inexplicable», *Asabi shimbun* (17 de julio de 2004).

¹⁴ Okamoto SUSUMU, «Donna kokkai ga haken o shōnin shitaka», *Sekai* (abril de 2004), p. 23.

finales de enero. Sin embargo, la oposición en el parlamento y en el país fue tal que la votación hubo de retrasarse hasta después de la medianoche, y luego la cámara fue boicoteada *en masse* no sólo por el principal partido de la oposición, el Partido Democrático, que protestó considerando que la ley era inconstitucional, sino que llegó incluso a involucrar a algunos de los miembros más influyentes del gobernante PLD, entre ellos tres de sus principales figuras: Kamei Shizuka, antiguo jefe del Comité de Elaboración de Programas del PLD, y dos ex secretarios generales del partido, Katō Kōichi y Koga Makoto. Un antiguo ministro de Correos y Telecomunicaciones y viceministro parlamentario de Defensa, Minowa Noboru, interpuso una demanda en el tribunal de distrito de Sapporo el 28 de enero de 2004 para que el envío de tropas fuese considerado inconstitucional, insistiendo en que la ayuda humanitaria y para la reconstrucción sólo podía ser emprendida por el ministerio de Asuntos Exteriores. El embajador japonés en Líbano, Amaki Naoto, redactó un escrito de protesta dirigido al primer ministro, en el que consideraba que el despliegue vulneraba tanto la Constitución japonesa como el derecho internacional; lo único que consiguió fue ser convocado a Tokio para ser cesado fulminantemente.

La historia del constitucionalismo japonés posterior a 1947 está llena de ejemplos de gobiernos que han tomado iniciativas en contra de una opinión pública hostil y de los concienzudos puntos de vista de los expertos constitucionales. En un principio se creó una fuerza armada, que se justificó exclusivamente como fuerza de autodefensa. Su papel se expandió continuamente, imponiéndose a aquellos que se oponían con arreglo al principio del *fait accompli*. Sin embargo, ninguna de estas maniobras previas fue tan repentina ni tuvo tanta repercusión como la transformación que tuvo lugar en 2003-2004. Las restricciones que atenazaban a la FAJ, en un principio para que llegara a existir, luego para que pudiera intervenir fuera de Japón y más tarde para que pudiera participar bajo cualquier modalidad en hostilidades en el extranjero, fueron barridas una a una, hasta que ahora sólo la más sutil de las fronteras le separa de la primera línea del frente de guerra. Ayudado por el eje de miedo y hostilidad hacia Corea del Norte, Koizumi ha dado pasos de gigante para realizar los objetivos que los anteriores líderes conservadores se habían resignado a soñar: anular cuarenta años de doctrina constitucional y transformar la FAJ en un ejército regular de facto¹⁵.

La fortaleza del lujo

El argumento esgrimido por Koizumi, según el cual Samawah no era una zona de combate, ya que en ella no estaban teniendo lugar hostilidades entre

¹⁵ Por lo general no se tiene en consideración el tamaño real de la FAJ. Su ejército, que consta de 148.000 efectivos, es mayor que el británico, el italiano o el francés; su armada es, en tonelaje, la quinta del mundo (después de la estadounidense, la rusa, la china y la británica); mientras que su fuerza aérea, que ocupa el duodécimo puesto mundial, es mayor que la de Israel. Cuenta con una nutrida proporción de oficiales y su equipamiento es el mejor. El gasto militar, el 1 por 100 del enorme PIB japonés, es en la actualidad el segundo del mundo.

Estados u organizaciones cuasi estatales, no era, por supuesto, sino un sofisma digno de figurar junto a las mentiras y las manipulaciones practicadas por Washington y sus demás aliados para justificar la guerra. Para las autoridades estadounidenses, bajo cuyo mando estaba la FAJ, todo Iraq era zona de combate. Muchos miles de civiles iraquíes y cientos de soldados estadounidenses han encontrado la muerte en el periodo comprendido entre la declaración formal en la que Bush proclamaba que las «principales operaciones de combate» habían llegado a su fin en mayo de 2003 y el envío de las tropas japonesas en enero de 2004. Sin embargo, para el vicesecretario de Defensa Wolfowitz, la guerra todavía «no había terminado» y, durante la crisis de los rehenes japoneses al mes siguiente, el propio Koizumi tuvo que admitir que la situación era tan peligrosa que Japón no mantendría más presencia militar en Iraq que una unidad militar bien equipada.

En Samawah, los 550 efectivos de la FAJ, dos tercios de los cuales estaban dedicados a la seguridad o a la administración, fueron albergados en «uno de los campos militares más formidables que se han visto sobre el planeta tierra»: una fortaleza aislada, protegida por su propio foso y sus barricadas, que a su vez era un recinto de lujo (fabulosamente caro), dotado de sus propios bares con karaoke, sala de masajes y gimnasio¹⁶. Por su parte, las tropas recibieron un «sueldo de riesgo», unos honorarios de 275 dólares al día. El agua dulce que debían suministrar –80 toneladas al día para 16.000 personas– presentaba unos costes enormes: aproximadamente 360 millones de dólares, o sea, unos 40.000 millones de yenes en los primeros seis meses. En comparación, una ONG francesa proporcionaba gas, atención sanitaria y 550 toneladas de agua dulce a 100.000 personas en la provincia de Al-Muthanna por tan sólo unos 500.000 dólares al año¹⁷. Los objetivos políticos apañaban un sentido económico o una necesidad humanitaria.

Con la repentina irrupción de la resistencia iraquí a partir de abril de 2004, los hombres de la FAJ se vieron a menudo obligados a quedarse confinados en la base, protegidos por una combinación de mercenarios estadounidenses y de tropas locales, de tal suerte que su misión humanitaria se vio severamente restringida. Podemos pensar en algo parecido a una lucha burocrática entre bastidores por este motivo cuando el ministro de Asuntos Exteriores japonés anunció que su ministerio se haría cargo de la financiación de la operación de la ONG francesa –dicho de otra manera, que con ello ésta proporcionaría casi siete veces tanta agua como la FAJ y por una pequeña porción del coste de la misión de esta última.

Koizumi aclamó la Resolución 1546 del Consejo de Seguridad de la ONU de junio de 2004 como «una victoria de la justa causa estadounidense». Sin consultar a la Dieta, prometió a Bush (y no al gobierno interino iraquí) que las tropas japonesas se pondrían al servicio de una fuerza multinacional bajo el

¹⁶ *Asia Times* (19 de febrero de 2004).

¹⁷ *Japan Times* (16 de mayo de 2004).

control de la ONU. Una vez más, esto contravenía el texto de la Constitución que prohíbe la participación en cualquier *fuerza* multinacional. Koizumi se las arregló para argüir que la participación de la FAJ estaría sometida a cuatro condiciones, que habían sido aceptadas por las autoridades estadounidenses y británicas (las únicas que cuentan, se sobrentiende): no utilización de la fuerza, confinamiento fuera de las zonas de combate, adhesión a los límites constitucionales y actuación bajo mando japonés¹⁸. El «mando unificado» especificado tanto en la Resolución de la ONU como en la carta entregada por Colin Powell al Consejo de Seguridad no fue vertido con exactitud mediante la expresión japonesa equivalente, sino con un término desconocido y equívoco que daba a entender la creación de un cuartel general de un mando conjunto, algo muy distinto¹⁹.

La decisión de enviar la FAJ a Iraq fue tomada haciendo frente a una oposición popular que oscilaba entre el 70 y el 80 por 100 entre principios y mediados de 2003. Sin embargo, a principios de 2004 Koizumi había logrado con éxito modificar esos porcentajes, que presentaban una ligera mayoría favorable a sus posiciones²⁰. Los escrúpulos constitucionales parecían haberse esfumado bajo un torrente de sentimiento patriótico. Koizumi describió a las tropas de la FAJ como el «orgullo de sus familias, el orgullo de Japón y del pueblo japonés». Los medios de comunicación cooperaron con entusiasmo, retratando a los chicos (y algunas chicas) de uniforme como héroes salidos de las pequeñas ciudades de provincias y dedicando una atención minuciosa a cada una de sus actividades: el adiestramiento en la nieve del Hokkaido para enfrentarse al desierto iraquí; la representación de los ritos de la bandera del regimiento y la despedida de las familias presas del llanto y de las muchedumbres de partidarios agitando la bandera nacional. El coronel Banshō Kōichirō, el comandante de la FAJ, se convirtió en un asiduo de los medios de comunicación gracias a su franqueza ruda y llana. Todos los días aparecía en la televisión japonesa, pronunciando cordiales discursos en un vacilante árabe, discutiendo cómo resucitar el hospital local o haciendo entrega de una ofrenda de ovejas a una comunidad local.

Hasta qué punto la estrategia de Koizumi había salido bien, al menos a corto plazo, se puso plenamente de manifiesto durante la crisis de los rehenes japoneses de abril de 2004. Mientras que la unidad de la FAJ permanecía en buena medida invisible, dentro de su inexpugnable campamento de cinco estrellas, irónicamente fueron tres jóvenes representantes del «partido de la paz» japonés quienes repentinamente se convirtieron en el foco de

¹⁸ NHK televisión, 17 de junio de 2004.

¹⁹ La expresión utilizada en el documento para la ONU, *tōitsu sareta shiki*, fue vertido luego como *tōgō sareta shireibu*. Cfr. «Editorial», *Asabi shimbun* (18 de junio de 2004).

²⁰ Los sondeos del *Asabi* indicaban que la oposición había descendido al 55 por 100 en diciembre, al 48 por 100 en enero y al 41 (frente a un 42 favorable) en marzo. El *Yomiuri* daba un 53 por 100 a favor en enero y un 58 en febrero. El *Mainichi* informaba de un escaso 16 por 100 favorable al envío de tropas que crecía hasta un máximo del 50 por 100 hacia marzo de 2004. Cfr. *Asabi shimbun* (23 de febrero y 21 de marzo de 2004); *Yomiuri shimbun* (27 de febrero de 2004); *Mainichi shimbun* (8 de marzo de 2004).

atención de los medios de comunicación de todo el mundo cuando fueron secuestrados por un grupo iraquí. Uno de los secuestrados era un voluntario que había trabajado con niños de la calle en Bagdad durante el régimen de Saddam Hussein; otro era un estudiante que intentaba dar a conocer los peligros del uranio empobrecido; el tercero era un reportero gráfico que quería cubrir los sufrimientos y las luchas del pueblo iraquí. Retenidos durante la semana del 7 al 15 de abril de 2004, fueron liberados gracias a los buenos oficios de la Asociación de Clérigos Islámicos. Koizumi se negó a entrevistarse con las familias de los rehenes durante la crisis, mientras que los medios de comunicación, siguiendo el ejemplo del gobierno, recogieron la acusación de «irresponsabilidad» y «temeridad», que estaba causando problemas y gastos a Japón. Los teléfonos, faxes y páginas web personales de las familias de los secuestrados se llenaron de mensajes ofensivos e intimidatorios. Se quiso responsabilizar a las víctimas de su propia situación. Los rehenes llegaron a casa para encontrarse con una cortina de críticas hostiles que les dejaron, al menos al principio, aturdidos, agotados y humillados y, si excluimos sus palabras entrecortadas de disculpa, mudos.

Los costes de la sumisión

Cuando pudo ver cómo los japoneses se abalanzaban para satisfacer las crecientes peticiones estadounidenses, Armitage observó que Estados Unidos se sentía conmovido al comprobar que Japón había dejado de «ver el espectáculo desde la tribuna» para estrenarse como «jugador en la cancha»²¹. Sin embargo, los costes para Japón han sido enormes.

Sólo en dinero contante, el país ha proporcionado una suma asombrosa en subsidios para el imperio global estadounidense desde finales de la Guerra Fría. En efecto, sólo desde el 11-S Japón ha pagado alrededor de 30.000 millones de dólares (unos 3.300 millones de yenes) para sufragar las bases estadounidenses en su territorio, así como un subsidio anual de cerca de 150.000 dólares per cápita para los 39.691 soldados estadounidenses allí destinados²². También ha prometido la construcción de una flamante base para los *marines* estadounidenses en las aguas del norte de Okinawa, que puede llegar a costar al menos unos 9.000 millones de dólares adicionales. Del lado japonés, estas sumas son toleradas de mala gana como los «tributos» que garantizarán el respaldo militar estadounidense en caso de una confrontación con Corea del Norte. Del lado estadounidense, el desmentido, por parte de un alto funcionario de la Casa Blanca, de que el presidente estadounidense pensara que Japón era «una especie de cajero automático» resultó tan estrafalario que lleva a pensar que tal vez fuera precisamente eso lo que el presidente pensaba²³.

²¹ *Asabi shimbun* (26 de septiembre de 2003).

²² Véase la tabla presentada en Maeda HISAO, «2004 nendo bōei yosanan o kiru», *Gunsbuku mondai shiryō* (abril de 2004), p. 47.

²³ TAKAO HISHINUMA y Eiji HIROSE, «US official says Japan “not just some ATM”», *Daily Yomiuri Online* (10 de octubre de 2003).

Washington no disponía de más aliados en esta liga de generosidad a espuestas. Cuando se le pidió una ayuda adicional para la reconstrucción en Iraq, indicándole que la unidad adecuada eran «miles de millones», Koizumi prometió 5.000 millones de dólares, lo que superaba con mucho a cualquier otra contribución, excluyendo la estadounidense, y que supone tres veces la suma recaudada en toda Europa. Bajo una presión intensificada, Tokio hizo saber que estaba dispuesto a renunciar a la mayor parte de los 4.000 millones de dólares que le adeudaba el gobierno de Iraq. La misma buena voluntad de cooperación se pone de manifiesto en la arrebatina que se produjo para llegar a un acuerdo sobre la adquisición del sistema de Defensa contra Misiles Balísticos. La Rand Corporation ha calculado que un sistema básico, capaz de interceptar «sólo unos pocos misiles norcoreanos», costaría aproximadamente unos 20.000 millones de dólares, mientras que un sistema de protección completa costaría más que el actual presupuesto de defensa japonés²⁴.

Tales costes deben situarse en el contexto del estancamiento económico japonés que dura diez años. Hace tiempo que se evaporó el periodo de la burbuja y el exceso de liquidez. Persisten una deuda incobable, el desempleo crónico y el subempleo, las bancarrotas, la nacionalización virtual o real de los principales bancos, la desesperación social en las periferias del país y el pesimismo y la ansiedad ante el futuro, sobre todo en lo que concierne a los sistemas públicos de asistencia social y de pensiones, incluso entre el sector de la clase media que se supone que goza de un empleo fijo y de calidad. El presupuesto de 2004 prevé tan sólo una recaudación fiscal por debajo de los 42 billones de yenes y un gasto de 82 billones de yenes: dicho de otra manera, casi el 45 por 100 depende de la venta de bonos o de préstamos²⁵. La perspectiva es de descenso poblacional, recortes fiscales y mayor presión impositiva. Se están recortando los gastos en educación, asistencia social y ayuda externa, mientras que las pequeñas y medianas empresas sueltan lastre laboral para estar en condiciones de competir con las «fuerzas del mercado». Mientras demuestra su «fidelidad» a Washington, el gobierno japonés ha saqueado los ahorros de las generaciones pasadas y el patrimonio de los que habrán de nacer, erigiendo así un monte Fuji de endeudamiento sobre el país²⁶.

Al enjuiciar el papel cambiante del país después del 11-S, los medios de comunicación japoneses se han mostrado por regla general reacios a afron-

²⁴ Cfr. SWAINE *et al.*, *Japan and BMD*, p. 67. Se desconoce si el sistema llegaría a funcionar. Las mejores opiniones científicas y militares parecen considerar que el actual sistema no está probado, mientras que la protección se limitaría a los lugares comprendidos en un radio de 15 km en torno a las baterías PAC-3. La capital y los principales complejos militares (estadounidenses) podrían recibir protección, pero no la tendría la mayor parte de Japón. Véase Handa SHIGERU, «Misairu bōei tōnyū gīman o abaku», *Gendai* (marzo de 2004); Leo SARTORI, «Bush Missile Defense System: Does it Pass Muster?», Washington DC, Centre for Arms Control and Non-Proliferation, 2003.

²⁵ *Asabi shimbun* (20 de diciembre de 2003).

²⁶ Véase mi *Emptiness of Japanese Affluence*, Nueva York, 2001, y «Romper el triángulo de hierro», *NLR* 13 (enero-febrero de 2002).

tar la cuestión de la responsabilidad de la totalidad del sistema que con ello se respalda. Cuando ha pasado casi año y medio de la conclusión oficial de la guerra de Iraq, la ocupación encabezada por Estados Unidos está cada vez más enfangada en la violencia y con su legitimidad hecha trizas. Desde entonces han aumentado las bajas civiles, han sido atacados lugares santos musulmanes, se han hecho públicas las torturas de Abu Ghraib y la oposición iraquí ha comenzado a incorporarse a la resistencia. Cuando el administrador estadounidense, Paul Bremer, se hizo a un lado el 28 de junio, dejando en su lugar a un gobierno interino elegido a dedo, la ocupación estaba deshaciéndose en una serie de escándalos y atrocidades. El apoyo «incondicional» de Japón se ha traducido en un compromiso con un proceso de tortura, asesinato y, según parece, ataques indiscriminados sobre objetivos civiles y religiosos. Éste es el sistema al que se supone debe adaptarse la FAJ japonesa. En efecto, si Japón se ha convertido en lo que Armitage describe como un «jugador», no caben errores a la hora de saber quién es el capitán del equipo, ni dudas acerca de la mortal peligrosidad del juego, tal y como declaró Armitage en otro contexto: «Los hijos e hijas australianos [...] estarían dispuestos a morir contribuyendo a la defensa de Estados Unidos. Eso es lo que significa una alianza»²⁷.

No obstante, tales costes financieros y morales palidecen si los comparamos con la perspectiva de una espiral armamentística en Extremo Oriente, impulsada por la instalación de sistemas fabulosamente caros de DMB en el Pacífico asiático y la creación de una «mini-OTAN» encaminada a la contención de China. Al encerrarse a sí mismo bajo el paraguas estadounidense, «dando la espalda» a Asia —o, para ser más exactos, volviéndose hacia ésta con una cara hostil y militarizada—, engendra un círculo vicioso e impide aún más la reconciliación y la cooperación japonesa con ella y anima a su vez a Estados Unidos a intensificar sus propias exigencias. Se trata de una actitud que Sakakibara Eisuke, antaño conocido como «Mr. Yen» por su poder en los mercados globales de divisas, ha descrito como «conservadurismo ideológico depravado», con arreglo al cual Japón sigue a Estados Unidos en todo momento y en cualquier circunstancia²⁸. Sin embargo, hay un camino alternativo. Si se resolviera el problema norcoreano, entonces las relaciones entre Japón y Corea del Norte, así como entre Japón y Corea del Sur, podrían normalizarse. Una vez evacuadas de la región las tensiones militares, la plena incorporación de Japón al proyecto hegemónico de Washington podría resultar más difícil de justificar. Japón podría volverse hacia sus vecinos asiáticos y cambiar sus prioridades políticas, pasando de ser un aliado de confianza de Estados Unidos al tratamiento de sus múltiples problemas, convirtiéndose en un miembro de confianza de una futura mancomunidad asiática.

¿Ha reflejado la reciente política de Koizumi hacia Corea del Norte algún signo de ambivalencia japonesa sobre estas cuestiones, obligando a Wa-

²⁷ Cfr. *Sydney Morning Herald* (18 de septiembre de 2001).

²⁸ Cfr. Sakakibara EISUKE, «Japanese nationalism: Conservatives have derailed», *Japan Times* (2 de mayo de 2004).

shington a un cambio de rumbo, o, por el contrario, Tokio se ha limitado a seguir la línea de Estados Unidos que, empantanado en Iraq, se orienta hacia una solución «libia» para Pyongyang?²⁹ Como ya hemos observado, la agitación de los miedos populistas a la República Democrática Popular de Corea jugaron un papel decisivo en la transformación de la FAJ con posterioridad al 11-S. Sin Corea del Norte, probablemente hubiera resultado imposible hacer aprobar la serie de leyes de «prevención» de la guerra adoptadas en 2003-2004, que incluye leyes que habían formado parte de la lista de deseos de los gobiernos conservadores durante la Guerra Fría, pero que siempre se habían visto bloqueadas por la oposición socialista y comunista. Ahora podían ser aprobadas con escaso debate y el apoyo de cerca del 80 por 100 de los miembros de la Dieta. Algunas de las nuevas leyes fueron explícitamente diseñadas pensando en Corea del Norte: la autorización de la prohibición de la navegación sospechosa, el bloqueo de las transacciones de divisas o la exclusión de los barcos de un determinado país del permiso de entrada en los puertos japoneses. Otras hablaban detalladamente de poderes excepcionales en situación de emergencia, que permiten que el primer ministro imponga prácticamente un régimen de ley marcial e imponga su voluntad ante las autoridades locales y los ciudadanos si lo considera necesario³⁰.

Koizumi se aprovecha a la par que interpreta su papel alimentando la paranoia nacional. No obstante, ahora ha abrazado claramente la causa de la normalización de las relaciones con Corea del Norte como su principal compromiso político. Es el único de los actuales líderes políticos mundiales que ha visitado a Kim Jong Il en dos ocasiones, en 2002 y 2004. Saliendo de Pyongyang el 22 de mayo de 2004, Koizumi prometió restaurar la confianza entre Japón y Corea del Norte, con vistas a que «las relaciones anormales pueden normalizarse, las relaciones hostiles se conviertan en relaciones de amistad y la confrontación deje paso a la cooperación», así como esforzarse para normalizar las relaciones antes de que finalizaran sus dos años restantes de mandato, y de ser posible en el plazo de un solo año. Después del encuentro, declaró que Kim era «apacible y alegre», «muy despierto» y «amigo de las bromas»: dicho de otra manera, alguien con el que se podía hacer negocios³¹. Durante sus conversaciones, Koizumi parece haber ido más allá de la posición oficial estadounidense, denominada

²⁹ El 22 de julio de 2004 el *Financial Times* informaba de lo siguiente: «John Bolton, subsecretario de Estado estadounidense para el control de armas, dijo ayer en Seúl que la decisión libia de abandonar su programa nuclear podía servir de modelo para la mejora de relaciones entre Corea del Norte con el mundo exterior. El señor Bolton instó a Kim Jong Il, el líder norcoreano, a que consultara a su homólogo libio, el coronel Muammar el Gadaffi, acerca de la decisión de Trípoli. Dijo además que Libia ya se estaba beneficiando del levantamiento de algunas sanciones estadounidenses, añadiendo que los hoteles de Trípoli estaban «repletos de hombres de negocios occidentales».

³⁰ Para una lista completa de la legislación: Richard TANTER, «With eyes wide shut: Japan, Heisei Militarization and the Bush Doctrine»; Peter VAN NESS y Mel GURTOV (eds.), *Asia and the Bush Doctrine*, Nueva York, de próxima publicación.

³¹ Cfr. *Asabi shimbun* (28 de mayo y 3 de julio de 2004).

CVID (*complete, verifiable, irreversible disarmament*), para a continuación pedir al Querido Líder que entablara conversaciones directas con Bush. Una vez que la voz de Japón se ha unido a los llamamientos de China, Rusia y Corea del Sur en favor de una solución negociada a la cuestión norcoreana, por primera vez Estados Unidos ha presentado también los ingredientes de una «hoja de ruta» para el acuerdo.

¿Más allá del neonacionalismo?

Hasta el momento, el nacionalismo de Koizumi ha sido más una pose que algo sustancial. Fiel a Washington en la mayoría de los asuntos –con una posible desviación en el asunto de Corea del Norte–, ha tratado de disfrazarse con marcados acentos japoneses. Cuanto más sirve a los propósitos extranjeros, mayor importancia cobra que lo que hace parezca y suene a nacionalismo. Los gestos polémicos, tales como sus visitas al Santuario de Yasukuni para rendir homenaje a los caídos de guerra japoneses, probablemente no deben considerarse tanto como un signo de un resurgimiento del nacionalismo, sino como un gesto vacío encaminado a compensar aquello que se ha abandonado; la afirmación en un plano abstracto y puramente simbólico de lo que ha sido rechazado en términos sustanciales³². La subordinación política y militar a Estados Unidos exige tales retórica y simbolismo, que son, en realidad, una forma de neonacionalismo. Sin embargo, la resolución de la cuestión norcoreana podría transformar esta ecuación.

La convención japonesa de servir al Imperio leal e intachablemente se ha visto santificada por medio siglo de evolución como una próspera dependencia imperial. Durante la Guerra Fría, los beneficios fueron generosos y los costes aceptables. Sin embargo, los proyectos que se barajan para el siglo XXI exigen un grado adicional de sometimiento. En la cuestión de Iraq, Japón acata las órdenes, pero las perspectivas de evolución futura en la península Coreana podrían hacerle vacilar. En la «Declaración de Pyongyang» de septiembre de 2002, por primera vez desde el vergonzoso fracaso de la Gran Esfera de Coprosperidad de Extremo Oriente en 1945, el primer ministro japonés anunciaba el compromiso de construir un «Noreste asiático» de paz y prosperidad. La elección de hacer esta afirmación en el contexto de una declaración conjunta con el líder norcoreano hizo que cobrara mayor importancia si cabe³³. En la cuestión de Iraq, Koizumi ha ido incluso mucho más lejos que Blair a la hora de demostrar su compro-

³² Para una discusión reciente sobre el tema del resurgimiento del nacionalismo, véase Eugene MATTHEWS, «Japan New Nationalism», *Foreign Affairs* (noviembre-diciembre de 2003); y Steven CLEMONS, «Nationalism – Old News or New Worry?», *Daily Yomiuri* (9 de diciembre de 2003). Véase también G. McCORMACK, «New Tunes for an Old Song: Nationalism and Identity in Post-Cold War Japan», en Roy Starrs (ed.), *Nations Under Siege: Globalization and Nationalism in Asia*, Nueva York, 2002; Ishida Hidenari, Ukai Satoshi, Komori Yōichi y Takahashi Tetsuya, «21 seiki no manifestuto – datsu “parasaito nashonarizumu”», *Sekai* (agosto de 2000).

³³ Wada Haruki, *Tōhoku Ajia kyōdō no ie*, Heibonsha, 2003, p. 166.

miso con Washington: un despliegue militar avasallador por encima de un parlamento más irritable, que casi acaba con la Constitución. Al mismo tiempo, Tokio podría no ser inmune a los sueños tradicionalistas asiáticos del conservadurismo japonés, aunque con arreglo a los términos del siglo XXI. Queda por ver hasta cuándo podrá Koizumi, o aquel que le sustituya como primer ministro, mantener esta contradicción que consiste en abrazar simultáneamente asianismo y americanismo.

En la primera mitad del siglo XX siete millones de soldados japoneses fueron enviados a campos de batalla lejanos, mientras los gritos de «Banzai» resonaban en sus oídos. Ninguno de ellos fue enviado, oficialmente, a una misión de «agresión». Como el coronel Bانشō, sus cometidos siempre fueron honorables: resistir a la agresión de los demás (la guerra ruso-japonesa de 1904-1905), cumplir con las obligaciones hacia los aliados (la guerra china de los bóxer de 1900 y la Primera Guerra Mundial), ayudar a un pueblo vecino (la catastrófica intervención en la guerra civil rusa de 1918-1922), defender las vidas y las propiedades de Japón contra bandidos, terroristas y señores de la guerra y ayudar a la construcción de un orden de justicia, paz y prosperidad (en China y más tarde en el sudeste asiático desde 1927 a 1945). Sólo mucho después del acontecimiento la historia se encargó de pronunciar un juicio mucho más severo al respecto. Algunos estudiosos japoneses han sostenido que la misma voluntad anima el envío de tropas a Iraq por parte de Koizumi³⁴.

Con independencia de cómo aborde Japón los dilemas de la política regional y global, su postura en el tema de la seguridad ya se ha visto transformada. La Constitución se ha visto continuamente vaciada de contenido, se ha hecho caso omiso de las restricciones que imponía el pacifismo del artículo 9 y el país está en camino de convertirse en una potencia militar regional, estrechamente integrada con Estados Unidos. Incluso en el contexto de una normalización de las relaciones con Corea del Norte, estas evoluciones contribuyen ya a dificultar la posibilidad de que Japón juegue un papel «asiático» independiente en cualquier comunidad emergente de naciones de Asia oriental.

³⁴ Véanse, por ejemplo, los análisis realizados por el especialista en cuestiones militares Maeda TETSUO, «Kyūsoku ni rinsen jōsei totonoeru jieitai», *Sekai* (abril de 2004), y Kang Sangjung, de la Universidad de Tokio, en Kang SANGJUNG y Katō SHŪICHI, «Rekishī no bunkiten ni tatte», *Ronza* (abril de 2004). Kang ha descrito las operaciones estadounidenses en Iraq como una guerra de agresión, comparable a la invasión de China por parte de Japón en 1931, caracterizadas ambas por la creencia en que la superioridad militar resultaría decisiva. Desde su punto de vista, Iraq ha sido la Manchuria de Estados Unidos, una base a partir de la cual lanzar la tentativa de transformar Oriente Próximo, al igual que antaño Japón pensara transformar toda China, y que con otra tanta probabilidad marcara a su vez el comienzo del declive imperial.